

Primera luz de la mañana

GEMMA LOCKHART¹

Las Colinas Blancas que rodean a Dartmouth College, me abrieron sus puertas pues me recordaban las Colinas Negras que rodean a Rapid Creek [Arroyo Rápido]. Dakota del Sur es mi hogar; yo nací y crecí en tierra Dakota. Dartmouth College se convirtió en parte de mi historia de manera extraña y repentina.

Desde el centro de las Montañas Negras, el agua limpia esparce sus luces destellantes a través de nuestras tierras. Con el final del invierno en Dakota se inicia la lenta filtración de la humedad desde el musgo en lo alto del territorio. Las gotas se transforman en un hilo de agua, luego en arroyos, y finalmente se convierten en ríos de truchas fluyendo rápida, fría y profundamente.

Arroyo Rápido es el mayor de estos riachuelos; serpentea al este de Colinas Negras, en el río Cheyenne. Pronto el cauce poco profundo del río Cheyenne se encuentra con el río Missouri, en donde el agua se hace más fría, más profunda, más rápida.

El Missouri fluye en dirección al Mississippi, donde las corrientes de nuestras tierras se arremolinan hacia aguas alrededor del globo. Les cuento estas cosas para que así puedan comprender de donde vengo, y mi perspectiva con relación a los bosques de New Hampshire y del Dartmouth College.

En Dakota del Sur, el punto de contacto —la fecha cuando las culturas se encuentran por primera vez— no fue hace mucho tiempo. Los eventos más importantes en la historia son tan cercanos como una historia de la abuela o una tarde con el abuelo. El relato puede escucharse en una canción.

Así como puede haber un conflicto y una guerra cuando las culturas se encuentran, así mismo puede haber amor. Mis hermanos, hermanas y yo nacimos en Colinas Negras gracias a la fuerza con la que el amor unió a mi padre irlandés y checo con mi madre Sicangu Lakota.

1 Tomado de *First Person, First Peoples. Native American College Graduates Tell Their Life Stories*. Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1997. Traducido por José Manuel Muñoz, Grupo Cultura y Desarrollo Humano, Universidad del Valle, diciembre 2005.

“Ser Lakota”, me dijo mi abuela en una ocasión, “significa tener corazón Lakota”. Yo siempre he sabido quién soy, y cuáles son los lazos de mi corazón.

Hace un poco más de cien años, nuestro hogar aún no era un estado. Colinas Negras y las aguas a su alrededor eran parte de lo que fue conocido brevemente en la historia como Territorio Dakota. Estas tierras contienen el carácter y el patrimonio de los nativos estadounidenses y de los no-nativos. La victoria de los Sioux y los Cheyenne del norte sobre el General George Armstrong Custer y la Caballería de los Estados Unidos en la batalla de Little Big Horn ocurrió al oeste de aquí. La masacre del Jefe Pie Grande y de su gente en Wounded Knee tuvo lugar justo al sureste de Colinas Negras.

En el Territorio Dakota, uno de los primeros médicos en llegar desde el este fue Daniel Geib. Acerca de Daniel Geib sólo sé que tenía un hijo quien también fue educado en el este. Este joven se convirtió en neurocirujano y regresó eventualmente para servir en la comunidad más cercana a mi hogar en Colinas Negras —Rapid City, Dakota del Sur.

Hace más o menos treinta años, su nieto, el Dr. Wayne Geib, llegó a Rapid City y se radicó a lo largo de los rápidos, más de dos millas río abajo de la cabaña de mi familia, en el cañón del Arroyo Rápido. Wayne Geib era egresado de Dartmouth. Él amaba y creía en el college en lo alto de la colina que dominaba sobre el río Connecticut. Es el mejor, solía decir, un lugar como ningún otro por la oportunidad que te da de expandir la mente. Una excelente educación es lo que él tenía en su mente.

La gente de esta tierra que conoció y trabajó con Wayne Geib dice que fue el mejor: una persona como ninguna otra, una mente brillante y de claridad extraordinaria. Dicen que esta tierra no vio a un cirujano como Wayne Geib antes o desde su presencia aquí. Apenas lo conocí, pienso que fue la clase de hombre imposible de olvidar —en mi memoria aparece serio y severo. Lo que más recuerdo es la gran amistad de mi madre con su esposa, Skip Geib.

Las dos compartían una alegría que emanaba de su mirada y del calor de su risa. En ocasiones se movían en pareja, asistían a las reuniones de la escuela de la localidad trabajando por el cambio y mejoramiento en la calidad de la educación local.

Por medio de su amistad, mi familia supo y consideró a Dartmouth College. Yo no fui reclutada. Nadie vino a buscarme. Fue un azar relacionado con la amistad y el lugar lo que me deparó un conocimiento de Dartmouth College. Al momento de solicitar el ingreso a un college, sólo había un lugar al cual quería ir: la Universidad de Dakota del Sur. Un joven cuyas tiernas canciones cautivaron mi corazón se matriculó allí. No había duda. Tenía la intención de seguirlo hasta Vermillion, Dakota del Sur, a lo largo de la ribera del río Missouri.

Pero la voz de mi madre era muy poderosa. Ella envió una carta en la que preguntaba por los requisitos de admisión al alma mater, al lugar que se había ganado un lugar en el corazón de Wayne Geib, Dartmouth College. Acepté echarle un vistazo, pero secretamente sabía adónde me dirigiría mi propia senda. También escribí a Harvard, sólo por diversión. Cuando ya todo estaba dicho y hecho, solicité mi admisión únicamente en estas tres escuelas; las tres me aceptaron.

Lo que sucedió después fue fundamental para el rumbo de mi vida. El Programa Nativo Estadounidense de Dartmouth College me envió una invitación a visitar Hanover en New Hampshire, junto con un pasaje de avión. Esta invitación —como todas las invitaciones que abren una vía a las personas que de otra forma no tendrían la oportunidad de dejar sus hogares para ser parte de un mundo mucho más grande— es vista como la siembra de un cambio significativo en la sociedad. Esto fue para mí la invitación del Programa Nativo Estadounidense de Dartmouth College.

El viaje desde Colinas Negras hasta la costa este de nuestra nación, y luego hacia el norte



en dirección a New Hampshire en el Valle del río Connecticut, me cambió. Durante este viaje escuché un llamado. El llamado venía desde los bosques de New Hampshire. Los bosques me susurraron mientras recorría los caminos que rodean a Hanover, alrededor del estanque Occum, a todo lo largo de la accidentada orilla del río Connecticut. El bosque estaba vivo, y su espíritu me era familiar.

Esto no me lo esperaba. Tampoco esperé ver las semejanzas con Deborah Prairie Chief en aquella visita inicial al college. Deborah fue mi predecesora —una mujer Cheyenne que culminaba su primer año de estudios universitarios. Ver a Deborah Prairie Chief era ver el parecido y sentir el calor de los Lakota en casa. Ella tenía el cabello negro que le caía más allá de la cintura. Su postura era occidental, respetuosa. Ella enfrentaba el mundo con una sonrisa amable y me contagié de ella. Su presencia era como una señal; era una poderosa alternativa para darme cuenta de que Dartmouth College podría ser un lugar adecuado para mí. Fue así como llegué a las Colinas Blancas y al Dartmouth College.

Existe en el territorio indio un fenómeno ciertamente falso llamado “el tiempo indio”. Tiempo indio significa tiempo natural; significa que cada uno viene y se va a su gusto, sin preocuparse por la disciplina ligada al reloj. Tic-tac. Podría ser una excusa para no ser profesional, algunos dirían pasivo-agresivo. Básicamente tiempo indio significa “tarde”. Aún, si escuchas las viejas historias y valores entre el pueblo Lakota, te darás cuenta de que si algo sucede, un individuo se asegurará de estar a tiempo. Si algo es muy importante, entonces alguien llegará temprano.

Llegué a Dartmouth College temprano, ansiosa por participar en la tradición de mi futuro college. Llegué para una caminata por el bosque, mejor conocido en Hanover como “el viaje del novato”. Para aquellos que no conocen la fama del viaje del novato en Dartmouth College, esta es una larga excursión a través de los bosques de las Colinas Blancas. El viaje del novato —y la preparación para el viaje— son importantes experiencias al inicio de la vida en Dartmouth. Primero, uno debe definirse a sí mismo. En términos de la experiencia de camping y excursión, el estudiante debe decir si su nivel es: 1) principiante, 2) principiante avanzado, 3) intermedio, 4) intermedio avanzado, 5) experimentado, o 6) experimentado avanzado.

No había duda, yo era experimentada avanzada, especialmente comparada a los estudiantes antes del este, donde las personas son delicadas y no entienden la vida salvaje, ruda y libre de Dakota del Sur. Pero sólo para estar segura, y especialmente por ser humilde, afirmé que yo sólo era “experimentada” en escalar montañas.

De lo siguiente en enterarme fue que estaba recorriendo la base del monte Lafayette, un santuario a más de 5.000 pies de altura en las Colinas Blancas. Aquí estaban otros seis excursionistas, y todos fuimos equipados con mochilas de cuarenta libras en nuestras espaldas.

¡Mochilas en nuestras espaldas! ¡En toda mi vida yo nunca había cargado una mochila en mi espalda! Cuando salíamos de caminata en Dakota del Sur, no llevábamos equipaje. Caminábamos rápido y lejos, pero no llevábamos mochilas de cuarenta libras. Las huellas de mis compañeros de excursión se perdían en el bosque mientras yo iba quedando muy atrás de los demás. No sabía qué pasaba; mis piernas dolían, y mi espalda latía del dolor. Mi orgullo estaba herido. No estaba preparada para esto —¡fue una tragedia en los bosques de New Hampshire! Me sujeté de una roca de granito mientras lloraba: no estaba a la altura de aquello en que me había metido.

Uno de mis compañeros de excursión regresó corriendo de entre el bosque.

“¿Qué sucede?” —me preguntó.

“No puedo hacerlo. Yo nunca antes cargué una enorme mochila como esta. Regresaré al camino y pediré que alguien me lleve.”



“¡No! Déjame ver,” —me dijo mientras revisaba los arneses y la pesada carga.

“¡No tienes abrochada la correa de la cintura!” —afirmó con incredulidad.

“¿Qué?” —pregunté. Él sacudió su cabeza, tomó la correa y ató mi mochila de manera ajustada alrededor de la cintura baja, distribuyendo el incomodo peso de manera cómoda y pareja. Con un tirón, ajustó y abrochó la correa.

Su ayuda cambió todo. Escalamos juntos, y en algún lugar donde el filo del granito se juntaba con el cielo, nos reunimos con el resto del grupo.

Veíamos lo que ve el águila. Con la humildad de estar a semejante altura, de nuevo fui consciente de algo poderoso y extraño en la tierra. Las nubes tapaban los valles, el paisaje montañoso, y todo cuanto pudimos ver. Seguimos caminando, descendiendo con la neblina, el viento y el aire frío en contra.

La excursión fue un viaje lleno de predicciones. Aunque había caído muy atrás en los primeros pasos de mi vida en Dartmouth, mi deseo de resistir las millas, montañas, y los días que siguieron no se comparó con ningún otro corazón en nuestro grupo.

Debo anotar que el joven que corrió de regreso a través del bosque cuando yo no podía continuar no completó sus estudios en Dartmouth College. El abandonó antes de completar el primer año de estudios, sintiendo que había un lugar mejor para él. Dartmouth bien pudo no ser un lugar para mí, de no haber sido por su ayuda. Caer en el camino pudo ser un momento peligroso. A este hombre, y a todos los hombres y mujeres dispuestos a regresar sobre lo recorrido para brindar una mano, yo los saludo; ustedes son guerreros y los mejores amigos.

En mi primera noche oficial de mi carrera en Dartmouth, visité el Webster Hall —un gran auditorio en la esquina noreste del verde campus—, y al mismo tiempo me sentía más pequeña en comparación con los otros. Ellos eran diferentes a mí; se vestían diferente, hablaban diferente, y se veían diferentes —todos eran elegantes, felices y radiantes. Admiraba a mis compañeros de clase— sin necesidad de conocerlos, yo los admiraba. Ellos estaban emocionados y tranquilos a la vez. Esta fue su noche.

Un hombre interesante caminó sobre el escenario y se detuvo frente al podio del orador. Él era John G. Kemeny, el presidente de Dartmouth College. Era un hombre digno de atención, un estudiante de uno de los más grandes maestros. Su relación con Albert Einstein generó en mí un especial interés en las ideas sobre el universo que escuché a través de su voz aquella primera noche en Dartmouth. Kemeny habló como si el mundo fuera un lugar delicado. Él intentaba decirnos algo que quizá nosotros no podíamos oír.

“Mañana, ustedes comenzarán a derrochar el tiempo y la oportunidad más valiosa en sus vidas”.

¿Cómo podía decir eso? Él no me conocía.

Caminé lejos de Webster Hall en la oscuridad de la noche sacudiendo mi cabeza. Yo no estaba de acuerdo. Pero John G. Kemeny era algo para ver y oír. Una enérgica inteligencia brillaba desde el hombre extraño que destellaba luz y desafiaba el pensamiento con sus maneras y sus palabras. John G. Kemeny, a años luz en frente de mí. Él me inquietaba. Removió la vida en mí mientras caminaba en dirección a mi dormitorio. Caminé hacia el estanque Occum, a salvo. Parecía haber recorrido un largo camino.

Hace mucho yo había escuchado acerca de un lugar en el planeta llamado Dartmouth College. Había “algo” confuso relacionado con la asistencia a esta escuela en los bosques de New Hampshire, en la que en el pasado sólo se admitían hombres. Ese “algo” era el símbolo indio y su compañero “wah-hoo-wah”, grito de guerra cantado en los juegos de fútbol, hockey y baloncesto.



Era difícil saber qué decir acerca del símbolo indio. ¿Cómo puedes hablar acerca de un sentimiento que se asemeja a una patada en el centro de tu estomago, un golpe en el abdomen que te dificulta respirar? Lo sientes, pero no sabes qué hacer porque tu no has hecho nada para merecerlo.

Permanecí en silencio respecto al símbolo indio por mucho tiempo. Los estudiantes nativo estadounidenses de más antigüedad y experiencia elevaron en voz alta los sentimientos de todos nosotros. Por “todos nosotros” me refiero a todos los estudiantes nativo-estadounidenses que escogieron ser parte de la familia conocida como NAD —Nativo Estadounidenses en Dartmouth. Entonces, un día un profesor de inglés me llamó aparte.

“Gemma, tengo un almuerzo el miércoles con Calvin Trillin, escritor del New Yorker. Él viene a Hanover para escuchar las distintas posiciones sobre el tema del símbolo indio”, dijo. Yo no lo miré. “Estaría encantado si pudieras unírte a nosotros”.

“Necesito pensarlo”, susurré.

“De cualquier modo, tómate tu tiempo, llámame en cualquier momento este lunes o martes.” Sonrió y se fue.

El miércoles traje consigo una decisión que partió mi vida en dos. Estuve de acuerdo en ir al almuerzo. Muy pronto, Calvin Trillin, mi profesor y yo estábamos sentados en la tranquila Posada Vermont, al otro lado del río Connecticut desde Hanover. Un sentimiento en mi interior me transmitía el significado o la importancia de tener en mis manos el bienestar de muchas personas. Este día particular, sentí que el encuentro era importante.

Durante el almuerzo escuché un pequeño sonido.

Crujido.

Crujido. Ocurría de nuevo. Ellos seguían hablando.

Crujido. Ellos hicieron una pausa. También lo habían oído.

Crujido.

Repentinamente Calvin Trillin desapareció. Mi profesor saltó como si alguien lo hubiera empujado. Mirando al piso al otro lado de la mesa, exclamó, “Dios mío, hombre, ¿está usted bien?”

¡Calvin Trillin yacía en el suelo en medio de muchas astillas! Su silla se desintegró justo debajo de él. Él estaba bien, aunque un poco aturdido. La manera tan abrupta como sucedió lo hacía divertido, y yo reaccioné con una carcajada. La mesera le llevó al escritor una nueva silla y nosotros continuamos de manera casual nuestro almuerzo.

“He estado aquí por dos días,” dijo Trillin dirigiéndose a mí, “y no entiendo cuál es el gran problema con el símbolo indio de Dartmouth. He visto y he escuchado que existen dos bandos en un pequeño desacuerdo, pero no entiendo por qué algunas personas lo sienten como un gran problema. ¿Podría ayudarme a entenderlo?”

Me miró directamente.

Hablaría directamente al hombre al que se le rompió su silla. Mi madre me había enseñado que en el mundo de los negocios uno debe mirar al otro directamente a los ojos.

“Es un gran problema señor Trillin,” contesté, “porque en Estados Unidos existen naciones indias-estadounidenses. Estas naciones tienen asuntos urgentes por considerar que están enfrentando sus familias: educación, salud, vivienda, alimentación y suministro de agua. Gran parte de nuestra gente es pobre, en sentido material. Nuestras tribus indias-estadounidenses deben ir a Washington a encarar al gobierno de Estados Unidos. Al mismo tiempo, muchos de los líderes de Estados Unidos —Representantes, Senadores y sus asociados— son, y seguirán siendo, exalumnos de Dartmouth College. Algún día, uno de ellos estará sentado tras una mesa durante una audiencia del Congreso cuando un indígena estadounidense se dirija a hablar en nombre



de las personas humildes a las que representa haciendo una petición por las necesidades de los humanos honestos. Si, al mismo tiempo, todas las personas que fueron educadas en Dartmouth piensan en 'Wah-hoo-wah' entonces, amigo mío, el símbolo indio de Dartmouth resulta ser un gran problema."

"Ya veo", él respondió.

Alcancé un vaso con agua. No dije nada más. Me sentí emparentada con el agua, pequeña y frágil.

Dartmouth College fue un lugar de caminos. Cada persona escogía el camino a tomar, la puerta a cruzar, o por donde pasar cerca. El college en la colina en New Hampshire me proporcionó dos fortalezas. La primera fue mi familia en Dartmouth, los círculos internos de nativos estadounidenses en Dartmouth.

Llegaron tanto del este como del oeste. La mujer Penobscot, el hombre Cherokee, la mujer Cheyenne, el hombre Navajo. Sus risas y sus historias tocaron la Nueva Inglaterra.² Juegos de cartas, de pelota y de césped mantuvieron la alegría de casa con nosotros. Supimos por qué habíamos llegado a Dartmouth College: llegamos para ayudar a nuestras familias y a las comunidades que amamos. Y cuando esto hacíamos, aprendimos verdades de nuestro pasado tribal colectivo.

Michael Dorris, un profesor de antropología Modoc, iluminó el camino de la academia, proveyendo aspectos de la segunda fortaleza. Lo que aprendimos en los estudios nativo-estadounidenses no lo sabíamos antes: los viajes de los jesuitas a la frontera oeste; las epidemias de viruela que afectaron a grupos de nativos inocentes; la esterilización forzada de nuestras mujeres; la mano oscura y oficial de esta nación sobre el pueblo nativo.

En Dartmouth lloramos, y aprendimos a ser más fuertes que los fuertes. Queríamos ir a casa, pero nos teníamos unos a otros y en este círculo de fuerza encontramos un medio para sostenernos.

Dos personas más en la facultad de Dartmouth College mostraron ser amigos y profesores sobresalientes. Noel Perrin, profesor de inglés, fue mi más grande maestro de escritura. Él encontró una manera de transmitir qué es lo que escribir aporta a nuestra vida —cómo la atención a los pequeños detalles hace grandiosos a los buenos escritores.

Este hombre significó mucho para mí, no sólo por sus habilidades literarias, sino también por su amor a la tierra, y porque sus conversaciones se daban mientras caminábamos. Profesor de periodismo ambiental, extraía el azúcar a sus propios árboles de arce, conducía un auto de energía solar, y construyó y mantuvo una cerca de piedra a través del bosque cerca de su hogar en Vermont. "Las buenas cercas hacen buenos vecinos," dijo el poeta Robert Frost. No he encontrado otro profesor como Noel Perrin en este viaje de vida.

John Hay, profesor de estudios ambientales, se destacó como un hombre que entendía lo que era realmente importante – las aves, los árboles, el agua, los peces y los animales del mundo natural. Él me recordaba a algunos médicos de mi hogar. Caminar con John Hay era como caminar con una persona que sabía cómo escuchar al mundo. "¿Dónde más podríamos ir por nuestras direcciones?" preguntaba. "¿No ha estado la tierra llamándonos por un millón de años?"

2 Nueva Inglaterra es el nombre con el cual se conoce a los 5 estados situados en la costa noreste de Norteamérica, inicialmente poblados por los protestantes llegados en el siglo XVII de Inglaterra. New Hampshire es uno de ellos. Los actuales pobladores de estos estados se precian de ser descendientes de ingleses –blancos– y de ser los guardianes de la cultura occidental; varias de las mejores universidades estadounidenses tienen allí su sede. Nota del traductor.



Desde que me gradué de Dartmouth College, los bosques de New Hampshire me piden regresar. He regresado a Hanover en diferentes ocasiones, pero principalmente para servir al Consejo de Alumnos del college. Esta experiencia me ha recordado muchas cosas, en particular, me ha dado la oportunidad de ver a Dartmouth “madurar,” y a los hombres y mujeres de Dartmouth como adultos maduros.

En todos y cada uno de ellos, detecto un amor incansable a un lugar que de una u otra manera ha dejado una marca indeleble en ellos —una que ellos sienten pero no pueden entender. Aparece en las sillas de roca en el zaguán de la Posada Hanover, en una mirada dirigida a la torre y reloj al de la librería, en un brillo en los ojos. Ellos piensan que es Dartmouth que les ha tocado, pero yo pienso que es más; es la suma total del espíritu de aquel lugar en lo alto de los bosques de New Hampshire, más allá del encanto del río Connecticut.

Muchas puertas se me abrieron a mí y al pueblo nativo-estadounidense gracias al Dartmouth College. Puertas del conocimiento académico, puertas de contacto a compañías y corporaciones, puertas hacia relaciones tribales. Pero ninguna puerta es tan valiosa como la que abre la vía a los amigos y a la compañía del pensamiento: buenas ideas expresadas libremente sobre las bases de la amistad. Sin amigos superficiales y buscando el bullicio, pero con amigos que se encuentran lado a lado, corazón a corazón, mente a mente de sus amigos.

Me gusta pensar en los bosques de New Hampshire, en las Colinas Blancas y en las Colinas Negras. Me gusta recordar que me mudé al Este escuchando las voces de la tierra. Me gusta hacer mi camino sabiendo ahora que a veces no hay forma de entender las razones por las que nuestras sendas se desvían del camino.

Y finalmente, así como se debe tener en cuenta que las puertas de Dartmouth se han abierto, y las lágrimas y risas nos han acompañado mientras cruzábamos el umbral, me gustaría recordar las palabras de Ojibway, “Algunas veces me compadezco a mí mismo mientras todo el tiempo un viento fuerte me sostiene a lo largo del cielo.”

Hacerse un camino en el mundo significa luchar. Dartmouth no cambia esto. Pero sí tiene la manera de ofrecerle a sus hijos e hijas el poder de creer en la educación como en la primera luz de la mañana.

Gemma Lockhart, una nativa irlandesa y Sikangu Lakota del Sur de Dakota, se graduó con honores en Inglés y Escritura Creativa de Dartmouth College en 1979. Diez años después de que Gemma dejara sus huellas en los bosques de New Hampshire, su hermana Tauna Lockhart los siguió. Desde su partida de Dartmouth, Gemma ha sido reportera de noticias para la televisión, productora de documentales de televisión, y columnista del diario USA Today y periódicos a lo largo de las llanuras del norte. Ella está más interesada en lo que no sabe, y siente que lo más importante de cualquier comunicación o lenguaje es escuchar.

Gemma es actualmente presidente y CEO de Estudios Anpao, una compañía productora de documentales independientes, comunitaria y creaciones de currículo, comerciales y miniseries para televisión. Vive junto a su hijo en Colinas Negras, Dakota del Sur.

